

Globalización vs. Ciudadanía (cosmopolita)

Julio Seoane Pinilla

Resumen: Este artículo contrapone *La Enciclopedia* que editaron D’Alambert y Diderot con nuestra actual Wikipedia a fin de mostrar que la Globalización nada tiene que ver con el sueño de una ciudadanía cosmopolita. De hecho, la Globalización supone olvidarse de la ciudad, de la polis, de la política que se hace entre quienes viven en la ciudad y resulta, simplemente, la vida en un lugar donde se acepta vivir en un mundo que, es bien cierto, para sí quisieran los ilustrados que aplaudieron en su día *La Enciclopedia*.

Palabras clave: Cosmopolitismo, Ciudadanía, Globalización

Abstract: This article is an attempt to compare *L’Encyclopedie* and our Wikipedia. The aim is very simple: to explain that our Globalization has nothing to do with the enlightenment dream about a cosmopolitan citizenship. Actually, our global world implies several things: the polis fall into obscurity (it is the oblivion of the politics –as a work of every citizen) and, so, a real obligation: we have to realize that our destination is the non-critic life in a world that, it’s true, it would be celebrated by the Enlightenment

Key words: Citizenship, Globalization, Cosmopolitism

Creo que podríamos convenir que la globalización es la enorme interrelación que ha advenido al mundo de los humanos debida principalmente al desarrollo del capitalismo industrial y comercial¹. La interrelación de la que hablamos cuando hablamos de globalización es primeramente flujo de comunicaciones de todo tipo; comunicación de mercancías que nos permiten fabricar en China y vender en Ciudad Real, de enfermedades como la de la gripe A, o de datos e informaciones que nos dan la oportunidad de saber qué le pasa a Paris Milton o de constatar como China se comporta con sus minorías étnicas. Ciertamente tal interrelación la ha habido siempre, pero hoy la rapidez e inmediatez que exige la fabricación industrial hace que lo de aquí esté allí de modo casi inmediato y que por eso “aquí” esté “allí”. Y podamos ser/estar allí. No les lío porque realmente no he dicho nada que no sepan. Sea por la expansión capitalista, el imperio tecnológico, el éxito de las democracias liberales o cualquier otra razón que se quiera aducir, el caso es que

¹ Y un excursus aquí antes de comenzar: hay una diferencia entre la modernidad que pudo surgir del comercio y la que se impuso con la industria. La primera, que es la que dio a luz a nuestra Ilustración, y cuyo paradigma son los viajes a ultramar, trataba de llegar a una interrelación con cuanta más gente posible a fin de sacar beneficios con el intercambio de productos. La industria, ya en el XIX impuso un modelo algo diferente, pues aquí no se trataba de negociar y vender, sino de fabricar y dar salida a lo fabricado. La industria precisa de un comercio, por supuesto, pero tal comercio no es aquel del cual Marco Polo podía ser su santo patrón, no es el del regateo, sino el de la imposición de los miles de productos que salen de las máquinas y que deben desaparecer para no acumularse y poder seguir sacando más productos. No le daré más vueltas, pero quizás no estuviera de más tener en la cabeza que la interrelación que ha dado a luz a la globalización es más industrial que comercial (más decimonónica que ilustrada).

vivimos hoy en un mundo donde los intercambios comerciales, intelectuales, políticos, etc., que siempre ha habido, son tan inmediatos que es fácil ser/estar aquí siendo/estando allí; y por ello es sencillo imaginar y comprender que todo lo local es global (que mi ciudad es también el mundo) y viceversa. Por poner un ejemplo claramente definitorio de la situación: que para proteger el clima de mi ciudad daba convencer al gobierno Chino e Indio de que las emisiones contaminantes de sus coches y fábricas han de ser menores creo que dice todo lo que tenemos que tener en la cabeza en referencia a esta cuestión. Las decisiones nacionales exigen negociaciones internacionales y los sucesos bien lejanos (sea la especulación en el mercado de futuros de Chicago) inmediatamente tienen efectos que los gobiernos nacionales –sede de nuestra ciudadanía– no pueden sino aceptar (sea la subida del precio del pan)².

No voy a dar más vueltas al asunto, simplemente trataba de centrar la cuestión de la globalización para, una vez ello hecho, ver qué relevancia puede tener la insoslayable globalización de nuestro mundo para las cuestiones referidas a la ciudadanía.

1

Si ciudadanía refiere a ciudad (tanto como política a polis), resulta innegable que la globalización, este ser/estar aquí y allí, ha extendido la ciudad hasta romper sus murallas. Puede ello parecer mejor o peor, pero lo cierto es que esas murallas eran las que hacían que la ciudad fuera la que era y no otra, eran el punto de partida de su peculiar ciudadanía. Será, se suele decir llegados a este punto, que ya no hay ciudadanías, sino ciudadanía y que, al cabo, seamos ciudadanos del mundo. Y siendo ello así, no son pocos quienes celebran el advenimiento de aquel cosmopolitismo que tanto alabó nuestra modernidad cuando surgió: tal cosmopolitismo ahora es posible y se ofrece casi de un modo inevitable; casi como una necesidad histórica. Pudiera ser esta nuestra situación hoy, no lo pongo en duda, pero tengo algunos reparos cuando tal se afirma con alegría; reparos que quisiera exponer aquí comparando la Enciclopedia ilustrada con nuestra Wikipedia.

2

Hace ya algún tiempo S. Toulmin, en una obra titulada *Cosmópolis*, propuso la tesis de que sería posible reunir a Descartes y Enrique IV de Francia como dos ejemplos desde donde se comenzó a construir nuestra modernidad³. En un mundo asolado por las guerras de religión, donde era moneda común que bajo la misma creencia y

² Y no puedo dejar de subrayar que la globalización se extiende no sólo físicamente, sino también temporalmente. Hemos visto, en este ejemplo, como se “coloniza” y vive en el futuro, pero del mismo modo debemos ser conscientes que la historia que todos tenemos en la cabeza (y con la cual vivimos) es cada vez más similar como ocurre, v.g., con la evidencia de que ya conocemos el imperio romano no por la herencia arquitectónica o legal que nos haya dejado, sino por las mismas películas con las que se da a conocer a todo el globo.

³ Stephen Toulmin, *Cosmópolis. The Hidden Agenda of Modernity*, The University of Chicago Press, 1990 [*Cosmópolis*, Barcelona, Península, 2001].

semejante cosmovisión del mundo se plantearan diferencias irreconciliables que llevaban a la batalla a miles de hombres y empobrecían Europa, el empeño de ambos personajes fue el de conseguir un punto donde se pudieran reunir los seres humanos y llegar a algún acuerdo que a todos aunara. Aquel *etiamsi daremus* de Grocio se refleja en la política de Enrique IV y en el empeño filosófico de Descartes, al decir de Toulmin que considera, por ende, que debiéramos recoger el nacimiento de nuestro mundo como la apuesta por lograr un lugar de asentimiento común donde todos pudiéramos reunirnos y poder establecer el inicio de la organización de nuestros asuntos cotidianos a partir de un mismo fundamento. Siendo este la piedra angular sobre la que construir nuestra vida, las diferencias siempre podrán dirimirse remitiendo a tal clave que, por ser clara y distintamente aceptada, podrá ofrecernos un campo para solucionar nuestras diferencias (o el origen desde el que tal solución pudiera partir).

En lo que refiere al caso de Enrique IV la tesis de Toulmin nunca me terminó de encajar, pero sí que me pareció siempre interesante entender a Descartes como el intento de establecer el punto de fuga desde donde se trazan todas las líneas que conforman la perspectiva que representa nuestra realidad. El yo que piensa y el pensamiento que desea establecerse limpiamente, no son sino la propuesta de esa clave (y del modo en que todo se puede retrotraer a ella de un modo claro y distinto) desde donde se pueden construir todas las vidas *etiamsi daremus Deum non esse*. Esto es lo que conducirá, posteriormente, a Cosmópolis, un lugar que no es más que un sitio donde decidimos compartir el mismo método a fin de que todos, en su particularidad, puedan alcanzar idéntico conocimiento, el conocimiento que es universal por ser el que emana del objeto –objetivo– sin interferencias –subjetivas– de ningún sujeto. Aquella región del Cosmos donde los hombres podían organizarse en torno a un gobierno común, como luego soñará Kant, suponía no tanto que todos habláramos con la misma voz, sino que todos estábamos por la labor de vivir en una ciudad, en una cotidianeidad, que aun diciéndose con la voz que se dijera tenía la posibilidad de dirimir sus conflictos viendo su lejanía con el idioma madre. Dado tal esperanto, se trataba, repito, no de hablarlo, sino de tenerlo cerca y aceptar un método para usarlo de piedra de toque a la hora de legitimar, *cuando ello hiciera falta*, las palabras que pudiera hablar nuestro idioma particular (derivado de aquel esperanto, naturalmente).

Poco a poco, el mundo que nos ha dado a luz fue forjándose desde este convencimiento que era también una esperanza, la esperanza de poder habitar una Europa assolada cada poco con cruentas batallas y conflictos que eran golletes para cualquier paso, para cualquier comercio, para cualquier desarrollo e intercambio de ideas y vidas. Cosmópolis como he dicho no era un idioma único, no era un único modo de pensar ni de vivir, era simplemente la aceptación de un lugar donde las ciudades podían cuando ello fuera posible resolver sus diferencias. Cada ciudad seguía teniendo sus murallas, sus gobiernos y sus características peculiares, pero lo que Cosmópolis suponía era que a pesar de tal particularidad, siempre había un fundamento común (que era método y no sustancia del modo de gobierno) que hacía que esa ciudad firmara el pacto que la hacía moderna, humana. La idea se expresará posteriormente de modo ejemplar en el proyecto de La Enciclopedia que

echó a andar bajo el cobijo no del convencimiento de que “todos han de decir lo que aquí se dice”, sino de la afirmación de que “sabiendo esto” que aquí se dice (y *teniéndolo como lugar común de la humanidad*), cada quien diga como quiera y según él sea.

La Enciclopedia nos daba todo el saber; a partir de ese momento no debíamos preguntar a nadie y teníamos la obligación de atrevernos a pensar, de ser autónomos. Con ella podíamos, y debíamos, ser libres de actuar por nuestra propia cuenta; podíamos, y debíamos, ser iguales pues todos partíamos del mismo sitio (sin privilegios previos) y con los mismos derechos (los que otorgaban nuestra humanidad capaz de comprender el mundo por sí misma); podíamos, y debíamos, vivir en una ciudad que pudiendo ser todo lo propia que quisiéramos, en último término tenía su enciclopedia, su fundamento de conocimiento, de realidad, común. Identificar tal fundamento común con la naturaleza humana fue “invento” que costó varios siglos y con el que terminamos construyendo nuestras democracias contemporáneas.

3

Nuestra Globalización no es Cosmópolis. No es poder soñar que un ciudadano pueda viajar por diferentes ciudades y reconocerse más o menos en todas ellas. Es, más sencillamente –y posiblemente de un modo más realista–, proponer que no hay más que una ciudad. Mientras que Cosmópolis exigía simplemente un hilo común de las distintas ciudades (la madurez, el *sapere aude*)⁴, nuestro mundo global hace que las diferentes ciudades pierdan su carácter de ciudad y con ello, estoy convencido, descuidaniza la vida de sus ciudadanos que, de tal modo, pasan simplemente a ser individuos en el mejor de los casos, consumidores, votantes o simplemente habitantes del mundo global en la mayoría de las situaciones. En resumen y por anticipar todo lo que se va a decir aquí: si Cosmópolis era soñar el Parlamento de las ciudades (maduras y adultas), la Globalización es la imposición –o evidencia si se prefiere– de que no hay ya calidad de ciudad.

Y si La Enciclopedia era el mejor ejemplo de Cosmópolis, creo que nuestra Wikipedia es un buen paradigma de lo que pudiera ser la Globalización. En principio las semejanzas entre una y otra repiten aquellos parecidos entre el cosmopolitismo y la globalización que en la mayoría de las ocasiones han llevado a identificar a uno con la otra. Wikipedia nos ofrece también todo el saber del que se dispone actualmente; y lo hace, también, para no tener que preguntar a ningún “experto” (a buen seguro siempre llevado de intereses y promotor de alguna superstición), para poder forjarnos nuestra propia opinión y tener la posibilidad de actuar por nuestra cuenta. En este sentido el fundamento de Wikipedia es la actuación autónoma –al menos en primera instancia– y, del mismo modo que La Enciclopedia, parte del convencimiento de que todos somos iguales (al menos en la red), de que puesto que no hay privilegios que otorgue ni el saber ni la posición,

⁴ Un hilo común que, es fácil advertir, tiene un marcado carácter moralista, ligado a la perfección o excelencia del ser humano que es difícil encontrar dentro de las alabanzas de nuestra Globalización.

todos por nosotros mismos tenemos derecho a proveer para nuestras vidas. De modo declarado el proyecto de Wikipedia es el mismo que el de La Enciclopedia, pero inevitablemente la situación de nuestro mundo contemporáneo hace que incluso si Diderot y D’Alambert levantaran la cabeza y quisieran poner en marcha de nuevo su proyecto, el resultado que obtendrían no sería el que nos legaron en su día.

Porque no hay una idea de mayoría de edad tras la Wikipedia. Sí hay una idea de libertad, de igualdad, posiblemente del derecho de cada quien a ser el punto de fuga de su propia vida y del conocimiento con el que toca la realidad; ello es innegable, pero La Enciclopedia se enfrentaba al Antiguo Régimen y por ello era primeramente crítica, era una puesta en común del saber “real” *frente* a la superstición, frente aquel saber que no era ni verdadero, ni real, ni efectivo (y que amparaba a aquellos que se constituían en nuestros enemigos y ponían trabas al mundo moderno). Wikipedia no se enfrenta, en principio a nada, sino que es demostración de lo que es en verdad el mundo de la democracia, aquel que en su día se apostó contra el Antiguo Régimen. Por ello Wikipedia no es crítica en primer lugar y simplemente pone el saber a disposición de los usuarios (y no de los futuros ciudadanos de la futura Roma republicana).

Esto último supone que se toma el saber, pero no para luchar por la libertad, sino como muestra de tal libertad, como prueba de que esa libertad ya existe de hecho. Y el que cada quien pueda reformular y proponer modificaciones en los artículos de Wikipedia es la mejor prueba de esto. Ello no es nada pernicioso. De hecho estoy seguro que es algo que hubieran firmado de buen grado todos aquellos que alguna vez soñaron con Cosmópolis o quienes colaboraron con el proyecto que dirigieron Diderot y D’Alambert; ello es, posiblemente, la constatación de que aquello por lo que se luchó por fin se ha logrado. Pero también es un cambio radical en el modo de concebir lo que tenemos, pues, en primer lugar, hay que ser consciente de que si todo se inicia con la propuesta de un método de resolución de conflictos (por decirlo muy rápidamente), de una herramienta que nos permita construir nuestra ciudad en medio de todas las otras ciudades; aquí, en el mundo de la Wikipedia, lo que tenemos es más bien la constatación de que tal método y tal herramienta ya han llevado a cabo aquello que se deseaba. El conocimiento que nos aporta nuestra moderna enciclopedia debe concebirse no como un útil para ser el ciudadano de la moderna república, sino como píldoras de información que se superponen unas a otras sin ánimo de construir nada, sino simplemente bajo la virtualidad de que cualquiera en algún momento pueda estar interesado en pasear por una zona determinada de la moderna ciudad global y desee tener un mapa para no perderse. Y, se diga como se quiera, tener un mapa para no perderse no es construir ciudad ninguna; ni la posibilidad de que alguien pasee por alguna zona de la ciudad no es el deseo de edificar, desde el principio una nueva ciudad. No digo que los deseos antiguos fueran mejores ni peores que las evidencias modernas, digo simplemente que aquellos eran anhelos y sueños y estas son eso, evidencias que se imponen por su evidencia.

De alguna manera lo que nuestra Wikipedia ofrece es un lugar de tranquilidad para el ciudadano impecable. Un lugar donde la democracia ya está implantada,

donde la libertad queda demostrada y no hace falta trabajar de continuo ni para una ni para la otra, donde la ciudadanía es simplemente la posibilidad de acceder a las oficinas de información que el Ayuntamiento de turno ofrece a fin de dar cuenta de lo que va a realizar, casi de modo inevitablemente, de todos los proyectos que ha resuelto llevar a cabo. No seamos innecesariamente cínicos: el Ayuntamiento de turno se ha constituido por voluntad popular y en tales decisiones han participado, por representación, todos los ciudadanos. En ese primer ejercicio, importantísimo y que ya hubieran deseado para sí quienes participaron o vieron con buenos ojos La Enciclopedia, se concluye y finaliza la ciudadanía en un mundo globalizado.

Este ciudadano impecable ve, también, realizada su ciudadanía universal, su cosmópolis (que no es la Cosmópolis con la que se construyó nuestro mundo, aunque quizás sea toda la cosmópolis que se puede construir desde ella), cada vez que se conecta y consulta la Wikipedia. Con píldoras de información recoge su ciudadanía del mundo y reconoce que semejante ciudadanía está ya lograda –con lo que resulta lograda y conseguida su propia y particular ciudadanía simplemente con un clic de ratón–. Lo que hay, aquello que se muestra en la Wikipedia, se (de)muestra como lo que debe haber al enchufar el ordenador, al ver los mil canales de la TDT o al tener cientos de productos en el Hipermercados. Y no quiero que se tome como una crítica trasnochada este “debe haber” pues lo que debe haber es democracia, libre intercambio de información y vida, esto es, Enciclopedia; el hecho de tener muchos canales de televisión a nuestra disposición supone que podemos *elegir* el que más conforme nos sea; el hecho de poder ir al hipermercado y todas las semanas comprar uvas de Chile o sardinas cántabras aun cuando vivamos en Albacete supone que podemos comprarlas, que podemos comer, que podemos, además, tener una dieta equilibrada aunque estemos muy lejos de los lugares donde los productos de tal dieta se generen. No hace falta ser estúpidamente epatante: es una suerte vivir en el mundo en el que vivimos. Eso sí: hay que ser realista y saber lo que tenemos. Y también podemos, *y debemos* como hijos que somos de La Enciclopedia, ser conscientes de que al cabo los innumerables productos del hipermercado de turno no son más que los diez o doce de siempre, de que los mil canales que nos ofrece nuestra televisión no suelen decir más que una o dos cosas y de que, al final, todo ello supone un mismo estilo de vida que trabaja para ganar con que gastar a fin de comprar los productos y los programas televisivos que se ofrecen. No se debe olvidar en este punto que el mundo de las infinitas posibilidades ha generado unas ciudades en las que cada vez se pasea menos, se vive menos en los barrios, se consumen menos productos del día (se está menos con otros ciudadanos y sus negocios y comercios) y ello, se mire como se mire, supone la quiebra de la ciudad. Y sin ciudad me es difícil imaginar ciudadanía ninguna. Por ello estoy convencido de que la globalización no es ciudadanía (no siendo, tampoco, la ciudadanía universal que se soñó cuando alguna vez se soñó con Cosmópolis).

4

El hecho de que poco a poco en una ciudad como Madrid se repita el estilo de vida

que se puede uno encontrar en Durham (Carolina del Norte), una vida donde el Centro Comercial es el centro de concentración de la población, que no se toca en tal centro sino que simplemente coincide en él (y como mónadas se chocan y pasan al lado unos de otros sin advertirse de la presencia de nadie), una vida donde el trabajo tiene como objetivo cuidar el propio jardín sin pensar que tal cuidado redunde en una ciudadanía, sino considerando que es solamente el lugar irrenunciable de mi propia vida, este hecho, digo, confirma también que la Globalización nada tiene que ver con Cosmópolis cuyo fundamento era la suposición de que la libertad mundial, el orden internacional que hoy diríamos, o el lugar donde todos los hombres se entendieran (que comienza con La Enciclopedia) era la alternativa política y social al Antiguo Régimen; y si teníamos el derecho a construir nuestra propia vida ello era porque la realización de tal derecho mostraba a las claras que seguíamos el método de construcción de la nueva realidad: cultivar el propio jardín no era sólo un derecho de cada quien, era la condición que se ponía para que la vida sobre este mundo fuera posible. Al fin y al cabo, mi interés al leer La Enciclopedia no era sólo mi propia construcción personal y la conformación de mis propias y personales decisiones, era eso *y también* el convencimiento de que ello construía una nueva República, esto es, construía la ciudadanía moderna.

4.1

Cosmópolis en buena medida lo que ponía en las esperanzas de quienes en algún momento la soñaban era más bien la posibilidad de visitar varias ciudades diferentes y aprender con ellas. No estoy dando, aquí, el lema de ningún folleto de viajes. Estoy recordando simplemente a Montaigne que siendo cierto que no debemos sumarlo en el Haber de aquellos pensadores que solemos estudiar en primer lugar a la hora de considerar cómo se construyó nuestro mundo, no deja de ser un autor que al igual que Descartes nos muestra con su actitud el modo en como se quería construir nuestro presente. Recuerdo sus *Ensayos* como un viaje que desde la más marcada particularidad recorre el mundo y lo mira, piensa sobre él, reflexiona y siente y, desde tal “solipsista” actitud construye el propio yo. Recuerdo su *Diario del viaje a Italia por Suiza y Alemania* donde simplemente cuenta su deambular a propósito de un viaje que deseaba hacer a Italia para tomar las aguas. Tal viaje nunca es en línea recta y se complace en desviarse, dar vueltas y retroceder sobre sus pasos cuando algo interesante o prometedor aparece en perspectiva. Tanto en una obra como en otra, se dice habitualmente, Michel de Montaigne se construye precisamente en el recontar todo lo que le acontece. Pero no se dice tan habitualmente que tal viaje, que tal ensayo de vida, supone también una apuesta moralista: se visitan ciudades del pensamiento y del globo porque no hay otra manera de configurar la propia identidad que construirse a cada momento en esos lugares. No hay ciudad si no hay individuo, pero esto precisa del viaje que es, en definitiva, la visita a lugares, momentos y personajes diversos e interesantes. Nada tiene que ver con la posibilidad que la Globalización hoy nos ofrece: poder ser y estar en todas las ciudades al tiempo porque todo es una misma ciudad –

global-. Y todo, pues, está ya aprendido y dicho. Hasta la propia identidad.

4.2

Cuidar del propio jardín es valor de clara raigambre estoica que muy a menudo alza y propone la Ilustración. Pero cuando tal hace tiene ello un valor no solipsista pues se supone que tal cuidado viene tras el convencimiento de que si leemos la Enciclopedia es para construirnos al tiempo que construimos ciudad. Resultaba imposible no suponer esto entonces por elementales cuestiones de desarrollo social y, como ya se tenía bien claro desde hacía muchos años, la libertad de un personaje, siquiera literario, suponía ya un canto a la libertad de todo un pueblo. Pero, como fuere, resulta de ello una lucha por el reconocimiento de mi propio derecho a cultivar mi jardín. Cosmópolis al beber sin mesura del estoicismo (imaginado las más de las veces en los escritos de Cicerón) se harta de aquella fraternidad – republicana– que se reúne en torno al hecho de que todos, al cabo, estamos regidos por el mismo orden –natural y político– y, pues ello es así, todos somos iguales aun viviendo vidas diferentes.

Esto último también está en nuestro mundo globalizado; pero aquí se debe repetir, de nuevo, que tal situación no la poseemos para reclamar ni proponer nada, sino para (de)mostrarnos que tal y como está ya constituido nuestro mundo globalizado es como debe estar (y como siempre quisimos que estuviera). No hay crítica aquí ni propuesta de lucha en la idea del derecho a cultivar el propio jardín. Y no la hay porque se supone que todos tenemos tal jardín en nuestro chalet adosado (o la posibilidad de aquel cerquita de nuestra casa): ya hemos conseguido el derecho a tener jardín donde gastar nuestro tiempo de vida y hasta no entendemos el mundo inhumano que lo prohíbe. No es preciso luchar por algo que ya poseemos. Y no siéndolo lo que nos ofrece la Globalización es algo que nos otorga graciosamente, por nuestro mero derecho de ser humanos. Como hacía Dios con sus hijos⁵.

5

Simplemente advirtamos que ya no hay proclamas morales ni políticas de liberación (de emancipación) del individuo. Tan sólo hay relatos de liberación de nuestros yoes virtuales. Relatos que nos dicen que podemos llamar por teléfono o por correo electrónico a todo el mundo y a todas partes, que podemos ver muchos canales de televisión y muchas realidades diferentes, que podemos acceder a todo tipo de información y estar bien informados... Pero todas esas posibilidades no son para construir una identidad más libre o más moderna o más humana o más emancipada o vaya usted a saber qué. Son simplemente abrir los lugares para poder ser y estar en muchos sitios (como quiere hacer la fabricación industrial y la concepción comercial de la realidad que de ella deriva), lugares donde se muestran

⁵ El problema es que como hace años indicó F.C.S. Schiller, cuando el saber no es para algo se hace estático, no evoluciona y resulta falso saber que se impone como una apisonadora. Y eso diferencia a la Enciclopedia de la Wikipedia. Y eso es lo que distancia a la ciudadanía cosmopolita del mundo globalizado.

nuestras libertades sin necesidad de tener que imaginar algo así como la libertad o un individuo que se sienta libre.

No sé si por desgracia, continuamos anclados en un yo físico que, por mucho que el yo metafísico se diversifique, es el que es y precisa de comer tanto como de vivir en el mundo de los entes culturales (o informativos); por ello, a veces, a los ojos de quienes tenemos ya una cierta edad, nos llega a escandalizar el hecho de que concibamos nuestro cuerpo en plan budista, que bien puede estar esclavizado y constreñido por las cuestiones mundanas –con cuerpo–, pero que al mismo tiempo también puede sentirse virtualmente realizado y liberado. Supongo que ello serán prejuicios que advienen con la madurez avanzada. Posiblemente todo lo dicho hasta ahora tan sólo indique que nuestros clásicos no tienen ya cabida, que no se lee como leíamos hasta hace algunos años y que la crítica, el pensar un nuevo mundo, está fuera de lugar. Quizás la postura del segundo Wittgenstein ante el lenguaje, aquel “no pienses, mira”, tenga mucho más sentido del que Russell en un primer momento consideró. Que hoy lo absurdo sea reflexionar sobre la situación y evaluar si bien o mal, siendo más propio de nuestro tiempo simplemente observar y vivir con lo que hay lo cual, ciertamente, no deja de ser uno de los mejores mundo imaginables, de ser el producto de mil luchas por la libertad y la igualdad y, al cabo, nos ofrece el espacio de autonomía suficiente como para poder elegir terapia médica, productos sin fin o la información que mejor se adecue a nuestro interés. Sí, por supuesto, que el conocimiento trueque en información es algo que puede molestar a los que ya peinan canas, que se tenga la posibilidad de una maravillosa Enciclopedia, como es la Wikipedia, simplemente para poder ganar algún concurso televisivo es algo que puede parecer denigrante, pero creo que es simplemente reconocer que en un mundo globalizado el conocimiento ya no vale para hacer buenos ciudadanos. Lo cual significa que o bien no es preciso hacer buenos ciudadanos o que para ello debemos inventar alguna otra cosa.